EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm 9880

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 8 DE OCTUBRE DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1 (Paseo de Recoletos.)

Subdirectores: SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª Cartagena, P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo..	Ptas.	12.000000
Primas y reservas. . . .	»	42.889747
TOTAL.		54.889747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS. Esta gran Compañía *nacional* asegura contra los riesgos de incendio.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226 307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA. En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas *más reducidas* que cualquiera otra Compañía.

Está probado en infinidad de casos (algunos de ellos con uno, dos y hasta tres años de padecimiento) que para la pronta y completa curación de las

CALENTURAS INTERMITENTES REBELDES

no hay nada mejor ni más agradable que las

GRAGEAS LOPE RUPEREZ

3 pesetas caja en farmacias y droguerías.

VENTA POR MAYOR

En Madrid: Melchor García, Capellanes, 1.—M. Pérez Mínguez, Paseo San Vicente, 12.

En Cartagena: Adolfo Fernández, San Miguel, 10, drogueria.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

rados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artisticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estio.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

Cartas á una mujer.

Dices que te gusta que de vez en cuando te escriba estas cartas, mezcla incolora de esperanzas, ilusiones y pesares reunidas en vasija de literatura mala, pero calentadas por el fuego de un cariño inmenso, eterno, gigante, tan grande, que es quizá lo único bello que concibo y que poseo; y aunque no te alabo el gusto, como siendo tuyo es más que ley para mí, allá va algo de lo que me pides y menos que algo de lo que pienso y de lo que siento, que si hubiera de decírtelo todo, de fijo te produciría aburrimiento y fatiga.

Hablar siempre de una cosa es más que difícil, si han de usarse idiomas conocidos; sentir siempre lo mismo y que la monotonía no canse, es sencillo cuando se conoce á una mujer como tú: sin duda por eso, yo, que no se distraer el ánimo con el armonioso sentido de un raudal de melodía, vivo extasiado sin escuchar más que la eterna nota de mi cariño, siempre vibrando en las cuerdas de mi alma y repercutiendo en todos mis sentidos, calmando mi impaciencia, trocando en dicha mis dolores y llenando el ámbito de toda mi vida, como la luz del sol ilumina á un mismo tiempo todos los ámbitos del espacio.

Una vida que se reduce á un sentimiento, que escucha siempre la misma nota y mira eternamente un mismo color, no da márgen para escribir una novela, pero puede inspirar un poema: en los cielos viven los justos en la contemplación de Dios, y el que encuentra su Dios en la tierra, merece perder la dicha si desvía un solo segundo la mirada para contemplar las miserias que le rodean; por eso, yo que no quiero perderte, voy atravesando la vida sin mirar donde coloco el pié; me es igual posarlo en la blanca arena ó sobre una zarza, me basta con no perderte de vista, con distinguir claras y precisas tus facciones de virgen, y con que al columpiar el aire tus cabellos, columpie á mi alma entrelazada con sus hebras.

Y así, sin detener la marcha que me aproxima á ti, sigo tranquilo mi camino seguro de llegar al puerto sin sentir la fatiga y sin que me moleste la nostalgia: no temo perderme en el laberinto de las demás pasiones que desprecio por raquíticas; me parecen juegos de niños las grandes acciones de los héroes: torres construidas de náipes, los monumentos que desafían á los siglos, é histéricas quimeras de mal organizados cerebros las verdades científicas: ¡imbéciles! consumen su vida en una actividad siempre mayor y siempre insuficiente, desprecian á los que no se preocupan de sus locuras y no comprenden que pasaron los héroes, se hundieron los monumentos que elevó la soberbia de los hombres, otras verdades reemplazarán á estas en el continuo oleaje del pensamiento humano, siempre girando sobre su propia insignificancia, y que lo único que existirá cuando la tierra se desplome y el Universo se desquicie, será el amor, que entre las sombras tenebrosas de la noche eterna, buscará las emanaciones de los que le fueron queridos, siempre guiado por la voz del Todopoderoso, que continuará entonando el himno magnífico que engendró al Universo, dió luz á los espacios, calor al sol y un alma al hombre, que terco é ignorante, se empeña en posponerla á la ruin maquinilla.

Ebrios de un brevaje insano, no miran los hombres, sino á través de ciertas antiparras que al entrar en la vida reparte cierta hada misteriosa; tocóme el escoger, y al calar las que tuve más á mano, sentí un escalofrío de terror: ví cadáveres, escuché los lamentos de mil voces acongojadas, percibí el fragor y el estruendo de un combate, y cuando se fue disipando la niebla que envolvía el cuadro, sólo miré sobre el ensangrentado campo de mi anteojo, un trono apoyado en restos palpitantes rodeado de esclavos arrebujados y sobre él un hombre cubierto con doradas galas, empuñando un cetro, ceñida de corona la cabeza, y sonriendo impávido ante aquella escena de dolor.

Fatál visión—pensé,—y calé otras gafas.

Sobre una inmensa hoja de papel, afanábanse infinidad de seres en escribir diligentes, después de pensar con calma; se alejaban luego hasta perderse de vista, y transcurrido un instante aparecían otros cuyo primer cuidado era borrar lo escrito para empezar de nuevo, sustituyéndose así durante un buen espacio de tiempo.

—Necio entretenimiento—hube de decir,—y cambié de anteojos.

Miré entonces un cuadro sorprendente: hombres, niños y mujeres se azotaban las carnes, mesaban sus cabellos y hacian contorsiones y piruetas, primero ante un pedrusco, luego frente á una flor ó un animal y venían á detener su loca carrera á los pies de una cruz: allí con increible fiereza, se arrojaban los unos á los otros dentro de inmensas hogueras y redoblaban sus contorsiones y sus martirios

A fe que es peregrina la locura de esos desdichados, pensé con lástima,—y recorrí toda la colección de anteojos, viendo aquí reunir oro, mirando allá amontonar crímenes y sin acertar á distinguir escena que fuera de mi gusto.

—¿No tienes más?—preguuté al hada.

—Por mi vida que eres descontentadizo—me repuso—Has visto la guerra, la ciencia, la religión, todo, en fin, lo que conduce á las grandezas de la vida. ¿No te agradó ninguna? ¿No paraste atención en la riqueza de estas gafas?

—No me placen.

—Pues no tengo más, á no ser que desees estas, pero míralas bien, son pobres, sin adornos...

Miré á través de sus cristales y sentí el alma inundada de gozo.

Un hombre y una mujer, enlazados por los brazos de un niño sonriente, me dejaron oir el sonido de un beso prolongado, ardiente, eterno.

—Abrame las puertas de la vida

con la indolente y lánguida sonrisa habiutal en Abu-Abdallah; sus cejas antes fruncidas, volvieron á su curva tranquila, y sus ojos miraron con una paz profunda á Aben-Hamet.

—Levántate, valiente caudillo, le dijo el rey; ayer una traición oscura acometió á la tribu, y justo es que yo ofrezca una prenda de desagravio á tan cumplidos caballeros.

Levántate, Aben Hamet, y asienta junto á mi.

El abencerraje obedeció, y siempre noble y leal, creyendo sinceras las palabras del rey, sintió arder en su alma el fuego del entusiasmo.

Abu-Abdallah se mostraba como nunca complaciente; tomó la espada del abencerraje y ponderó su temple; luego del modo más natural le arrancó el puñal de entre su faja y le guardó en la suya.

Aben-Hamet estaba desarmado.

Solo faltaba un paso.

El rey exageró su valor, le colmó de distinciones y al fin rodeó sus brazos á los hombres del abencerraje.

Ni halló loriga ni jacerina; seda y brocado era lo único que cubría los miembros de Aben-Hamet.

Pasaba el tiempo.

El rey había sostenido la plática, recordando las hermosas mujeres que habían concurrido á la zam-

bra de Generalife; las gallardas preseas, los motes de los enamorados.

Tenía miedo de acometer la traidora empresa á que había sido arrastrado Aben-Hamet.

Al fin, sus megillas palidecieron, su alma comprimida bajo el velo del fingimiento, dió á sus ojos la espresión del odio, y su lengua no pudiendo sostener por más tiempo palabras indiferentes, dirigió al abencerraje una plática temblorosa.

—Tú eres africano, le dijo; tú habrás pasado muchas noches á la luz de las estrellas, y habrás consultado á los sabios; habrás oido á los xeques de tu tribu contar terribles historias durante las largas noches de invierno, pero jamás habrá resonado en tu oido una tan terrible como la que vas á oir de la boca de su rey.

Estremecióse Aben-Hamet en un presentimiento incomprensible.

—Es una historia, triste para uno, bella para dos; es una historia de un rey burlado, y de una sultana, y un vasallo infiel... una bella historia, por Allah.

Dominóse Aben-Hamet, aunque empezaba á entrever la horrible verdad.

El rey continuó.

—¡Sí, por los siete durmientes! escucha:

Moraba en una ciudad, fuerte y poderosa, un rey, á quien todos llamaban, débil y cobarde; todos se

cuyos ojos pasó un relámpago de odio y de venganza, pues bien... escucha; aun queda lo mejor de mi historia.

El rey vió tambien lo que los otros habían visto; vió el semblante de los culpables al rayo de la luna, y pudo haberlos esterminado allí, pero no le bastaba aquella poca sangre impura: necesitaba verterla á torrentes, porque aquel rey era cruel, muy cruel en sus venganzas.

Y se dilataron los ojos de Abu-Abdallah, como los del lobo que acorrala á su presa.

Aben-Hamet vió sangre en la mirada del rey, y dominado por su terror, pretendió lanzarse fuera de la cámara, pero al levantar el tapiz vió tras la puerta una triple hilera de africanos y almoravides.

Retrocedió, y olvidando que la cámara no tenía otra salida, se lanzó al alhami cubierto por el tapiz; cinco hombres salieron de él; los cuatro eran los zegríes y los gomeres acusadores, el quinto un feroz nubio desnudo hasta la cintura, rodeada la frente con un cendal rojo, y ceñido un ancho y corvo alfange.

Aben-Hamet cerró involuntariamente los ojos á impulsos del horror.

Aquel hombre era el verdugo del rey.

Abu-Abdallah asió al abencerraje por la aljuba, y le arrastró junto á sí; sus ojos centelleaban, sus me-